

# Rusalka en Bellas Artes

por José Noé Mercado

Mayo 6. A casi cinco meses de iniciado 2018, la Compañía Nacional de Ópera arrancó su nueva temporada con lo que puso fin a su hibernación operística de medio año, que databa del 12 de noviembre de 2017. Al margen de un par de programas con galas y conciertos, el título con puesta en escena que subió al escenario del Teatro del Palacio de Bellas Artes los pasados 26 y 29 de abril, así como los días 3 y 6 de mayo, que también marcó el regreso a la dirección artística de la CNO de **Alonso Escalante Mendiola**, fue *Rusalka* (1901) del compositor bohemio Antonín Dvořák (1841-1904), ópera en tres actos de bella construcción y continuidad melódica con base en el *Leitmotiv* wagneriano, a la que suma una historia que proyecta parte de la mitología eslava, gracias al libreto de Jaroslav Kvapil (1868-1950).

Se trató de una reposición del montaje estrenado en ese mismo recinto en marzo de 2011, en coproducción con el 27 Festival de México en el Centro Histórico, con una puesta en escena firmada por **Enrique Singer**, escenografía de **Jorge Ballina**, iluminación de **Víctor Zapatero** y vestuario de **Eloise Kazan**.

Pese a haber sido llevada al Teatro Colón de Buenos Aires, Argentina, a finales de 2017 como emblema del trabajo operístico que se realiza en México, desde su estreno esta producción —si bien acarrea algunos momentos de belleza visual que se diluyen ante su reiteración (un ciclorama azulado con sombras de ramas al estilo burtoniano, una luna que se hace tan grande como inverosímil en su desplazamiento)— también es verdad que en su trazo y armado aporta poco más a lo que no provenga directamente de la orquesta y el elenco.

El diseño de Ballina muestra una escenografía dinámica, basada en plataformas hiperquinéticas, y acaso por ello contemporánea, realizada por la iluminación poética de Zapatero y el vestuario de Kazan, más vistoso por sus colores que por la calidad de sus materiales o acabados. El maquillaje y los peinados de **Cinthia Muñoz** igualaron lo estrafalario a lo fantástico, a lo extraordinario.

No obstante, la propuesta de Ballina es iterativa, en las múltiples formas de una serpentina telar que busca un efecto acuífero que se verticaliza y reposa, luego, como un canasto de mimbre teñido de azul como el marco de un lago, entre prados incómodos de transitar y donde la naturalidad del movimiento y del canto se dificulta, incluso en los seres fantásticos que ahí se supone que habitan en libertad.

Por lo demás, la escena dispuesta para contar la historia como un cuento de ninfas y príncipes no logró recrear del todo lo que pretendía. La dirección escénica de Singer presentó coherencia y lógica en la trama y en las acciones que se bifurcan entre el mundo real y el fantástico, aunque hace agua en las escenas largas que componen la obra, en esencia por su falta de unidad expresiva entre los solistas: algunos más sueltos por inspiración propia, otros más tiesos en su movimiento y por tanto indefensos escénicamente hablando y, de hecho, algunos lances danzarines más bien elementales que ni siquiera aprovecharon la música para discurrir con ella. La coreografía y gestualidad, por cierto, correspondieron a



**Franco Cadelago**. El estatismo colindó en muchos momentos con la pesadez y la aburrición.

El rol protagónico fue encomendado a la soprano argentina **Daniela Tabernig**, quien se desempeñó como una Rusalka de valorables recursos, con voz bella y cálida, si bien su registro alto parece perder algo de filo cortante justo en la punta. En lo actoral no se mostró muy resuelta, condicionada de hecho por el trazo escénico de Singer. Su aria a la luna fue muy dulce, lánguida, pero no arrebatadora.

El tenor ruso **Khachatur Badalyan** interpretó el papel del Príncipe con solvencia y poco más. Su inicio pareció frío en términos expresivos, pero logró una entrega con vigor creciente en el último acto. Con cualidades elogiables, un canto y una presencia de mayor envergadura, participó el bajo islandés **Kristinn Sigmundsson** como el Espíritu de las aguas. Su experiencia pudo apreciarse no sólo por un sonido intenso y técnico, sino también por las intenciones de su fraseo y la elocuencia de su ritmo y gestualidad.

Las voces nacionales de **Lucía Salas**, **Nieves Navarro** y **Eduardo Goyarzu** (Ninfas del bosque); **Celia Gómez** (Princesa extranjera), **Antonio Duque** (Guardabosques), **Carla Madrid** (Cocinero), **Edgar Gil** (Cazador) y **Belem Rodríguez** (la bruja Jezibaba), complementaron el elenco con participaciones en general destacadas. No todas son homogéneas en calidad, volumen o belleza, pero en conjunto sí que lo fueron en su profesionalismo.

La dirección de **Srba Dinić** al frente de la Orquesta y el Coro del Teatro de Bellas Artes (esta vez preparado por **Carlos Aransay**), resultó límpida y controlada, salvo en algún corno inoportuno titubeante. El volumen y los ritmos de los solistas fueron bien vigilados desde el foso y si no se tuvo una lectura en rigor inspirada y remecedora, de mar abierto y profundo, al menos sí hubo una imagen sonora transparente a cambio, una de agua dulce y somera. ●

Ver Otras voces sobre *Rusalka* en Bellas Artes en [www.proopera.org.mx](http://www.proopera.org.mx)